



LA CONCIENCIA DE *ARIEL* EN LA SOCIEDAD LATINOAMERICANA

Hsiao-chuan Chen
Universidad Tamkang

Resumen

La explosión del crucero *Maine* de la armada de Estados Unidos, anclado en la bahía de La Habana en 1898, no sólo mató a unos cuatrocientos soldados estadounidenses, sino que advirtió a España que nada restaba del imperio de Carlos V y Felipe II. Desde entonces el “vecino formidable” expande su hegemonía paso a paso, a Cuba, a todo el Caribe, hasta toda América Latina. La Generación del 98 reivindicó la gloria del espíritu español y constituyó una literatura comprometida, mientras que el uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917) a sus veintinueve años, en 1900, publicó un librito de cien páginas para predicar un idealismo en torno a la cultura latina.

Para Rodó América no es un “nuevo mundo”: al tiempo que la descubrían y conquistaban, los conquistadores hicieron de América el Génesis de un nuevo universo, un nuevo género humano, una nueva civilización y, finalmente, el pueblo americano. La cultura grecorromana se transplanta a la joven tierra a través de España. Siglos después, sin embargo, fue enfrentada por la invasión de la cultura anglosajona cuando estalló la Gran Guerra. El *Ariel* nació del dolor de Rodó por la guerra del 98. A los cien años de su publicación *Ariel* sigue siendo un libro capital, que ha causado conmoción en la literatura hispanoamericana y sigue suscitando renovadas lecturas, una de las cuales constituye el objetivo de este trabajo, discutiendo el arielismo y la conciencia latinoamericana ante la globalización.

En este trabajo retomo los famosos personajes de Shakespeare (1564-1616) en *La tempestad* (1611-1612): Próspero, Ariel y Calibán, y los amplió según las ideas de Rodó para hacer una lectura sobre América tanto en su aspecto social como humanístico.

Palabras clave: Ariel, arielismo, Rodó, cultura latinoamericana

Introducción

América no es un “nuevo mundo”, pues vio surgir varias civilizaciones precolombinas, sin embargo, al tiempo que la descubrían y conquistaban, los conquistadores hicieron de América el Génesis de un nuevo universo, un nuevo género humano, una nueva civilización y, finalmente, el pueblo americano. Los conquistadores introdujeron nuevos cultivos y animales, también hicieron de América el lugar de la utopía donde se transplantaron las ideas europeas sobre filosofía, literatura, música, arte, política y religión. Así la América nace, como Venus en el



célebre cuadro de Sandro Botticelli (1445-1510), mientras todo el mundo espera el milagro y la gran obra de Dios.

La cultura grecorromana se transplanta a la tierra americana a través de España, sin embargo, fue enfrentada por la invasión de la anglosajona cuando el “imperio donde no se ponía el sol” estaba en bancarrota y había empezado la decadencia. Estados Unidos inició su hegemonía diplomática desde la formulación de la Doctrina Monroe en 1823, con ella penetró paso a paso en la tierra latinoamericana. José Martí (1853-1895) percibió el enorme peligro que el vecino del Norte representaba para la soberanía e independencia de los países hispanoamericanos, hizo un llamamiento al antiimperialismo: “ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia” (Martí, 1889). Más aún, *Nuestra América* de José Martí, palabras precipitadas para eliminar la desavenencia racial y forjar un verdadero “americano” sin fijarse en el color ni la clase social, exalta la conciencia latinoamericana de manera más profunda y telúrica.

La predicción de Martí se verificó tras la explosión del crucero “Maine” de la armada de Estados Unidos, anclado en la bahía de La Habana. La explosión no sólo mató a unos cuatrocientos soldados estadounidenses, sino que proclamó a España que nada restaba del imperio de Carlos V y Felipe II. Desde entonces el “vecino formidable” expande su hegemonía a Cuba, a todo el Caribe, hasta toda América Latina. La Generación del 98 reivindicó la gloria del espíritu español y constituyó una literatura comprometida, mientras que el uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917) a sus veintinueve años, en 1900, publicó un librito de cien páginas para predicar un idealismo en torno a la cultura latina. Para su punto de vista clásico, América es una tierra joven en espíritu, distinta a la cultura de su “madre” Grecia que evoca en *Ariel*: “de aquel divino juego de niños sobre las playas del Archipiélago y a la sombra de los olivos de Jonia, nacieron el arte, la filosofía, el pensamiento libre, la curiosidad de la investigación, la conciencia de la dignidad humana” (Rodó, 2000: 10-11).

A los cien años de su publicación *Ariel* sigue siendo uno de los libros capitales que ha causado una conmoción en la literatura hispanoamericana y sigue suscitando renovadas lecturas, por lo cual el objetivo de este trabajo es hacer una lectura del arielismo y discutir la conciencia latinoamericana ante la globalización.

El simbolismo de Próspero, Ariel y Calibán en la historia americana

Próspero, Ariel y Calibán son tres personajes famosos de Shakespeare (1564-1616) en *La tempestad* (1611-1612), en la obra rodoniana los tres conllevan interpretaciones diferentes, de ellas deriva su significativo y significante simbolismo estudiado por los pensadores posteriores.

Para Rodó, Próspero es el viejo y venerado maestro, que también puede ser el primer conquistador (no olvidemos que en *La tempestad* es un hombre europeo quien domina Calibán), el último buscador de El Dorado, la clase dirigente, hasta el vecino formidable. Ariel es el espíritu, la juventud, la virtud, la élite de los intelectuales latinoamericanos. Calibán es la bestia, la naturaleza salvaje, la tierra virgen, la barbarie, el Tercer Mundo, y Prometeo encadenado. Estos tres personajes no sólo nos pintan un mapa histórico de América, sino también nos desatan una tempestuosa polémica entre la identidad cultural y la modernidad.



El *Ariel* de Rodó representa una reflexión para profundizar la cultura latinoamericana; por ello, Ariel fue y sigue siendo un símbolo legítimo, y el arielismo alude a una conciencia que trasciende ampliamente el campo intelectual para representar procesos culturales y sociales ante la hegemonía cultural del vecino del Norte. Rodó escribe: “Hispanoamérica ya no es enteramente calificable, con relación a él, de tierra de gentiles. La poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes, y aún más quizá, en el de las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria” (Rodó, 2000: 59-60). Con este mensaje *Ariel* se convierte en el “Evangelio americano” que afirma el espíritu de la identidad latina (Ainsa, 2001: 18), y en un testimonio de la preocupación de un intelectual, según Liliana Weinberg (Weinberg, 2001: 61).

Después del descubrimiento de América, esta tierra se hizo vulnerable a los conquistadores y lo sigue siendo a las invasiones capitalistas y sufre la ruptura social entre los indígenas o dominados y las clases dominantes. Sin embargo, la discriminación racista y la rivalidad social están subordinadas al telurismo, mientras que la lengua consolida la cultura común, la latina. Por lo cual las ideas de José Martí despliegan un amplio sentido de “lo nuestro” que engloba el telurismo y el culturalismo, y José Vasconcelos (1882-1959) nos ofrece una visión complementaria de tierra donde se forja una raza de razas, una cultura de culturas.

Un vacío de *Ariel* es la ausencia del indio. Es una excusa a medias que Rodó viviera en un país en que la población indígena ya no existía y no hubiera tenido la fuerte presencia demográfica y cultural que es típica en gran parte de América Latina. Rodó conocía y admiraba la obra de Martí y tal vez leyera sus reflexiones sobre la cuestión racial en América (en cambio no parece que haya leído a González Prada, cuyos trabajos dispersos no se reunieron en libro antes de 1908). Lo que es más, en su ensayo sobre Montalvo escrito en 1913, demostró en pocas páginas maestras su agudeza para captar con el único auxilio de los libros el problema del indio, al que vio anulado en su humanidad no por pertenecer a una “raza inferior” (como creían Ingenieros y muchos otros) sino por siglos de expoliación, intimidación y maltrato (Zea, 2002: 73).

A diferencia del indigenismo que orientó el curso de una política, dictó normas a la sociedad, impuso cánones a las letras y a las artes en la segunda mitad del siglo XX, el mensaje del *Ariel* de Rodó enfoca la tradición que viene de la lejana y ejemplar Grecia, así como de la Roma imperial, del catolicismo de España, y desde el proceso de establecer una tierra independiente hasta la hora de la América actual. Aunque el indigenismo destaca la identidad telúrica y el arielismo la dignidad intelectual, “Mariátegui y Rodó tienen en común la crítica contra el materialismo vulgar y el reclamo de la necesidad de un mito” (Melis, 2001: 74). El primero es un ideario para la integración del grupo en el verdadero mundo de América y el segundo para la conciencia social.

En cierto modo, el pensamiento de Rodó es criollo, no obstante, se convierte en una fuerza solidaria para el pueblo hispanoamericano, cuya cultura enfrenta crisis que tiene su origen en los inicios del siglo XX, después de la guerra



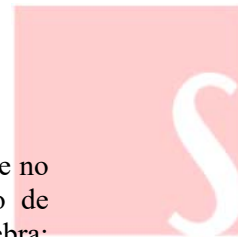
Hispano-Norteamericana. Un siglo después, este pensamiento rodoniano de la unidad histórico-cultural del conjunto de Latinoamericana sirve como base de todo esfuerzo de modernización y, más allá, sirve para que el cambio social enfrente a la globalización (Zea, 2002: 34). A lo largo de cien años, el *Ariel* de Rodó es un discurso, programa o arenga cívica que exhorta a los jóvenes que cultiven los valores de la inteligencia, que recuperen su dignidad de ser americanos con antecedentes nobles, que conformen una aristocracia del espíritu a través de una educación ética y estética.

Sin ver el pasado América es joven, representa una tierra edénica para el nuevo pueblo donde se forja una cultura propia latinoamericana. El *Ariel* otorga dignidad al “americano”, libera el alma de América de su servidumbre de ser conquistada. Por lo cual, de acuerdo con el personaje shakespeareano, Ariel es el mensajero que anuncia la liberación del espíritu preso. Seguimos retomando los otros dos famosos personajes, Próspero y Calibán, y los ampliamos según las ideas de Rodó para esbozar una visión sobre América tanto en su aspecto cultural como natural. En esta tierra se encuentra Calibán, una bestia espantosa, mientras que Ariel está prisionero; cuando el codicioso conquistador arribó, asumió el papel de Próspero y liberó a Ariel. Como es el espíritu, Ariel debe triunfar sobre Calibán, pues aquél posee todas las virtudes y representa la intelectualidad, mientras que éste vive en armonía con la naturaleza y para el conquistador alude a la barbarie. En la tierra hispanoamericana renace el espíritu de Ariel y de las esperanzas humanas frente al conquistador que representa al materialismo del que hace gala la América sajona. No obstante, a mi modo de ver, la tempestad está asociada al enfrentamiento entre las dos culturas, la europea y la autóctona, y posteriormente al choque entre el capitalismo y el precapitalismo; el espíritu de Calibán y el de Ariel están en la naturaleza de América, conquistada y abusada por el conquistador, Próspero. Ariel sigue siendo el espíritu que despierta a los hombres hispanoamericanos para revalorizar y reconocer a Calibán. Así Alejo Carpentier explica:

El *Ariel* que erige Rodó sobre el zócalo gigantesco de los Andes, en el final de su discurso no responde, en su momento, a posibilidad alguna. Al haberse valido de los personajes de la obra de Shakespeare, es indudable que, en caso de que algún personaje de ella fuese realmente americano, quien debiera erigirse sobre el zócalo de los Andes sería Calibán, hacia quien van todas mis simpatías, porque responde a la triste realidad en la que sumió Próspero, el *Conquistador*, al indígena de América (Carpentier, 1987: 143).

Como Calibán es la esencia de la naturaleza representa la barbarie, sin embargo, los conflictos civilización-barbarie y conquistador-conquistado son irónicamente presentados bajo miradas prejuiciosas del hombre. De acuerdo con Lévi-Strauss, el bárbaro es ante todo el hombre que cree en la barbarie (Lévi-Strauss, 1995: 310). El prejuicio distingue entre la civilización y la barbarie, como hizo Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) desde su visión criolla; del mismo modo se distingue lo desarrollado de lo subdesarrollado, lo superior de lo inferior. No obstante, no sólo en lo que los “civilizados” piensan de los “bárbaros” y viceversa, sino también en lo que ambos piensan de sí mismos.

[...] el hombre «civilizado» que los trata de «salvajes» desempeña un triste papel



cuando se encuentra entre ellos. Porque se da cuenta de que no sabe hacer nada, que no sirve absolutamente para nada, y que esos «bárbaros» han llegado a un punto de perfección absoluta en todas sus técnicas. Claro que desconocen el álgebra; evidentemente, no han oído hablar de la filosofía platónica, pero son maravillosos cazadores, excelentes pescadores, admirables constructores de cabañas, ceramistas inmejorables. Resumiendo, que todas las tareas esenciales del hombre en su medio ambiente, este hombre «primitivo» las realiza con una perfección que deja al hombre «civilizado» estupefacto (Chao, 1998: 158-159).

Sin duda alguna, América Latina era tierra conquistada. Según la lectura de Leopoldo Zea (1912-2004), Calibán se identifica con Prometeo encadenado, aludiendo a la tierra americana virgen, para muchos una tierra bárbara donde los primeros conquistadores buscan el oro, así como los capitalistas posteriores buscan materias primas. Prometeo fue encadenado a una roca, castigado por Zeus por robar el fuego y enseñar a los hombres el uso de éste (Zea, 2001: 11-17). Este personaje de la mitología griega representa el libertador y también actúa como héroe civilizador en muchas creencias: Osiris en Egipto, Quetzalcoátl entre los aztecas. Desde la Conquista pasando por la Alianza para el Progreso hasta el Tratado de Libre Comercio, Latinoamérica es la “tierra madre” donde se forjan varias civilizaciones, y a su vez, tierra encadenada y explotada, sufriendo el mismo dolor que Prometeo, al que un águila devora el hígado. Siguiendo las ideas de Leopoldo Zea, bajo el impacto de la globalización, la hegemonía política y la invasión cultural, el siglo XXI es crucial para América Latina, que debe motivar y dar sentido a la integración sin perder su herencia. Sobre este dilema se hizo toda clase de preguntas: ¿cómo será desencadenado Prometeo? ¿cómo será liberado Calibán? ¿será como Estados Unidos o se mantendrá en la barbarie? En el *Ariel*, Rodó propone: “¿sajonizarse o latinizarse?, ¿negarse a sí mismo o afirmarse en lo que se es?” (Rodó, 2000) El mensaje rodoniano es una predicción de la suerte de la América que llamamos latina, dicha predicción no sólo se verificó a principios del siglo XX, sino que se convirtió en un consejo tras cien años.

Frente a la integración y la globalización, América Latina reflexiona sobre el valor cultural y busca un balance para adoptar las progresistas corrientes de la modernidad. Si la historia humana está constituida por una serie de luchas entre grupos y entre naciones, los prejuicios de los hombres establecen una dicotomía ideológica: entre lo moderno y lo primitivo, entre lo desarrollado y lo subdesarrollado, entre la civilización y la barbarie, entre las conjeturas subjetivas y las objetivas, entre superioridad e inferioridad, entre la América anglosajona y la latinoamericana. Los enfrentamientos dicotómicos, o las oposiciones se remontan a una fantasía construida, dado que no existen culturas superiores ni inferiores, sólo hay diferencias. Así el *Ariel* llama una y muchas veces más a la sociedad latinoamericana para mantener la resistencia identitaria, penetrar la ontología y la conciencia latinoamericana independiente.

El arielismo y la cultura americana

Uno de los mensajes más importante en el *Ariel* es destacar el espíritu de la juventud. La juventud, símbolo de creatividad, es la flor de la vida humana. Al enfrentar a la crisis de la patria los jóvenes intelectuales de la Generación del 98



buscan un nuevo concepto de España en espera de una regeneración de las virtudes tanto cívicas como culturales. La juventud es una personificación del sol naciente, aludiendo a la vida, la esperanza y el porvenir luminoso; por ello, Rodó dice: “La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la Vida”(Rodó, 2000: 8). La Generación del 98 deja su contribución en el campo intelectual español, mientras que el joven espíritu latinoamericano resuena por toda la tierra americana manifestando un poder de creación en el campo cultural y reclamando el humanismo en el campo político. Es por esto que el espíritu joven ocupa una página muy importante en la historia de todo el siglo XX; así, sigue Rodó: “Las prendas del espíritu joven —el entusiasmo y la esperanza—, corresponden en las armonías de la historia y la naturaleza, al movimiento y a la luz” (Rodó, 2000: 11).

La juventud posee fuerzas nuevas, según Pedro Henríquez Ureña (1884-1946); y Luis Cardoza y Aragón (1904-1995) había dicho que los estudiantes de los años veinte del siglo XX eran más demócratas, entusiastas y revolucionarios en su voluntad contra la dictadura. A mi modo de ver la juventud se asocia con un Odiseo que viaja por el mundo y busca otros horizontes de su vida. Los jóvenes son la riqueza de una nación, si poseen las virtudes morales y la formación educativa que ayudan a construir un espíritu nacional. Para dirigirse a los jóvenes, Rodó les propone concertar en su espíritu la fe, la esperanza, el entusiasmo, la constancia, el vigor necesario. La educación es la formación del carácter de la nación. Por ello, Rodó dice: “Gobernar es poblar, asimilando, en primer término; educando y seleccionando, después. [...] La multitud, la masa anónima, no es nada por sí misma. La multitud será un instrumento de barbarie o de civilización según carezca o no del coeficiente de una alta dirección moral”(Rodó, 2000: 45). Así que la educación es uno de los hilos de discusión en la trama del *Ariel*.

Adam Smith (1723-1790) había dicho en su *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1776) que, aparte de la reforma agraria y la descolonización, la educación es una de las políticas principales para acumular la riqueza de una nación. El progreso de una sociedad es dependiente de la educación y la elección intelectual. La Ilustración enfoca al “ser” humano, y Rousseau (1712-1778) en su *Émile et Sophie* (1762) revela que la pedagogía es una manera para desarrollar el valor humano. En el mismo sentido, Rodó afirma:

La civilización de un pueblo adquiere su carácter, no de las manifestaciones de su prosperidad o de su grandeza material, sino de las superiores maneras de pensar y de sentir que dentro de ella son posibles; y ya observaba Comte, para mostrar cómo en cuestiones de intelectualidad, de moralidad, de sentimiento, sería insensato pretender que la calidad pueda ser sustituida en ningún caso por el número, que ni de la acumulación de muchos espíritus vulgares se obtendrá jamás el equivalente de un cerebro de genio, ni de la acumulación de muchas virtudes mediocres el equivalente de un rasgo de abnegación o de heroísmo (Rodó, 2000: 45-46).

El siglo XVIII es de consolidación de la sociedad criolla, de formación de las patrias de los criollos dentro del contexto de las políticas imperiales españolas y del reto de sus rivales, ante el cual los criollos se vieron obligados a defenderse de los enemigos de España. Los ejemplos más notables se dieron en las Antillas Mayores españolas, que lucharon contra los saqueos de los corsarios y piratas franceses,



holandeses e ingleses. En cierto sentido, la palabra “criollo” evoca ideas telúricas, significa el “pollo criado en casa” para diferenciarlo del otro, del que viene desde afuera, o sea, un “Ariel preso bajo la institución española”. Unido al concepto de criollo nació el de patria: en otras palabras, el poder telúrico superó al de la sangre: los criollos, mestizos, zambos, indios y negros son americanos, y en el siglo XIX el pueblo americano adquiere su carácter a través de la educación, la pedagogía y la civilización. Heredando las convenciones europeas, los pensadores latinoamericanos del siglo XIX despliegan los mensajes de la “Ilustración”, y luego manifiestan una emoción que ahonda en la orientación americanista explorando su naturaleza, tradición, cultura, e historia, con el fin de guiar al hombre americano hacia la tierra nueva. Aunque la independencia fue una empresa criolla, es transformada en una actitud que pretende hallar en la tierra americana el porvenir, que abraza ilusiones de establecer una nueva república.

El período que siguió a la independencia no fue un camino de rosas, la debilidad de los países nuevos favorecía las luchas intestinas y la intervención política de empresas y países extranjeros. Por ello, en el mensaje de Rodó, se trata de abogar por la educación en la democracia y su reforma, para que progresivamente se encarne en los sentimientos del pueblo y sus costumbres la idea de las subordinaciones necesarias, la noción de las superioridades verdaderas, el culto consciente y espontáneo de todo lo que multiplica, a los ojos de la razón, la cifra del valor humano (Weinberg, 2001: 65).

Según Pierre Bourdieu (1930-2001), la elección estética, los gustos, el estado psíquico y los hábitos de las clases forjan una sociedad. El proyecto intelectual con una macrovisión universal constituye la conciencia del país, mientras que el clima de la patria es importante para la formación del intelectual. En América Latina, el microcosmos autónomo del campo intelectual se conforma con características particulares debidas a la evolución sociopolítica y ya en la época contemporánea se empieza a perfilar el papel de los intelectuales enfrentados a sus pares europeos. Al comenzar del siglo XX, una nueva generación de intelectuales se preocupará por una nueva búsqueda de lo americano desarrollado en un régimen demócrata.

No es por azar que muchos intelectuales de los principios del siglo XX fueron a la capital deslumbrante en una situación precaria pero entusiasmados: el exilio estaba en boga en aquel momento, o sea era una suerte de “elección de lo necesario”, para usar los términos de Pierre Bourdieu. Si el criollo del siglo XVII es un Ariel preso bajo el dominio español, el intelectual del siglo XX es el Ariel ahogado bajo el régimen dictatorial, y su identidad americana se manifiesta fuertemente en los años de destierro en Europa, en Estados Unidos o en otros lados de América, cuando extraña la tierra americana, identificándose como verdadero hijo de su tierra natal, e inclusive como americano auténtico. El destierro simboliza un viaje de Odiseo y alude a un autoexilio para buscar otro horizonte. El viaje fuera de América hace universal al intelectual americano, que espera regresar a su tierra con honor y ser “útil” para su patria. El viaje dentro de América hace al intelectual cronista e historiador, que reconoce real y cálidamente la tierra americana. Oportunamente tenemos una larga lista de brillantes personajes que en todos los campos han conformado la inteligencia latinoamericana: Alfonso Reyes (1889-1959), Ricardo Rojas (1882-1957), César Vallejo (1892-1938), Miguel Ángel Asturias (1899-1974), Pablo Neruda (1904-1973), Agustín Yáñez (1904-1980), Alejo Carpentier (1904-1980), Luis Cardoza y Aragón, Arturo Uslar Pietri (1906-2001), Alfonsina Storni (1892-1938), José Sabogal (1888-1956), Diego Rivera (1886-1957), José Clemente Orozco (1883-1949), David



Siqueiros (1896-1974), Wifredo Lam (1902-1982), Héctor Villa-Lobos (1887-1959), Carlos Chávez (1899-1978), Silvestre Revueltas (1899-1940), Oscar Niemeyer (1907-).

Los citados fueron de corazón joven, romántico y ardiente, una suerte de Ariel enfrascado en el “papel social del intelectual”, ejemplo para las generaciones siguientes. Fueron también una suerte de Prometeo, el héroe que se mantiene firme en medio de las dificultades sociales, dedicándose a la cultura. Así aparecieron grupos intelectuales como el Ateneo de la Juventud, formado en 1908 por Reyes, Vasconcelos, Antonio Caso (1883-1946) y Henríquez Ureña, que marcó un hito en la cultura mexicana. Gracias a ellos, orgullo de América, se define la posición de ésta en el mundo global, el siglo XX, de plenitud de toda propuesta cultural, para seguir en el siglo XXI, en que estos nombres se convierten en mensajeros que nos transmiten el valor de los entes ante la grandiosidad de la “Tierra América Latina”, a su vez, cultivadores de la cultura latinoamericana “próspera”.

Repetimos que Rodó cuando escribió *Ariel* sólo tenía veintinueve años. Joven como los que participaron en los movimientos contra la corrupción en el gobierno, como el joven abogado Fidel Castro (1926-), que participó en la Revolución Cubana. La obra de Rodó incluyó alguna propaganda latina ante la barbarie germana durante la Gran Guerra, mientras que el muralismo mexicano, la poesía del modernismo, el *boom* de los sesenta, el realismo mágico, la metaficción historiográfica de las últimas décadas, la música de Villa-Lobos y de Carlos Chávez son otra propaganda latina ante la invasión capitalista e intervención política norteamericanas del siglo XX. Así comenta Henríquez Ureña:

Por fortuna, el rápido desenvolvimiento material de los grandes estados de nuestra América, cuya profunda significación no ha escapado a hombres tan sagaces como sir Charles Dilke y Henri Mazel, destruye en parte la creencia en un continente irremediamente *enfermo*; y por otra parte, ya las notas de nuestra labor intelectual principian a escucharse en el concierto del mundo. Y cuando se medita en la inagotable fecundidad de la naturaleza del Nuevo Mundo, y se confía en la virtualidad aún no agotada de la antigua raza a que pertenecemos principalmente por la vida espiritual y por la lengua, y en la potencialidad desconocida de nuestra compleja constitución sociótica, el porvenir aparece rico de promesas efectivas. La fe en el porvenir, credo de toda juventud sana y noble, debe ser nuestra bandera de victoria (Henríquez Ureña, 2000: 112).

Conclusión

Rodó en su época encontró la crisis de la identidad cultural, nacida de su dolor por la guerra del 98. Sin embargo, el escritor uruguayo no se fijó en la penetración económica de Estados Unidos ni iba a saber que América Latina sería clasificada en el Tercer Mundo debido a la página de dolor que conlleva el régimen dictatorial, la represión militar, la inestabilidad y la pobreza social, la penetración imperialista. Rodó tampoco iba a saber de los movimientos indigenistas en el siglo XX, manifestando conflictos sociales sumamente ideologizados, por ejemplo referidos a derechos humanos, espacio para vivir, legitimidad, racismo, culturalismo, telurismo,



etc. No obstante, el mensaje rodoniano siempre es una llamada que despierta la conciencia del pueblo latinoamericano: una conciencia de espíritu joven que consolida la identidad democrática y establece el americanismo.

A lo largo de la historia, la rivalidad entre España e Inglaterra y la política intervencionista norteamericana expresan la división de América latina y anglosajona. En 1836 el francés Michel Chevalier (1806-1879) popularizó este topónimo cultural, “América Latina”, ya utilizado por algunos autores latinoamericanos residentes en Europa, refiriendo a lo que Martí después llamaría “Nuestra América”, la que mantiene la tradición hispana. De manera más profunda y telúrica el escritor cubano alude antropológicamente a la “Madre Tierra”, y a la vez, culturalmente al “Crisol de Razas”, donde los blancos, los indios, los negros y otros grupos étnicos están integrados y se reconocen como entes que comparten la historia y el espacio. En cierto modo, la “Madre Tierra” o el “Crisol de Razas” identifica un amplio sentido de “lo nuevo” que engloba la nueva sangre y la nueva cultura, lo cual nos recuerda el “ajiaco”, plato nacional cubano, palabra compuesta por el prefijo “aji” y el sufijo “aco”, el primero planta vernácula, el segundo nombre toponímico. La receta de este plato es la expresión más clara del sincretismo que lo caracteriza, que están presentes todas las raíces del cubano, extendiéndolo a todas las raíces latinoamericanas, y la olla es sinónimo de crisol.

Lamentablemente, los indios, negros, chinos o otras razas, que también conforman una importante herencia americana, están ausentes en la olla rodoniana, donde se cuece únicamente la cultura latinoamericana basada en la tradición grecolatina. Aunque, en cierto modo, el estilo de Rodó no es americano telúrico, y expresa el mito de la superioridad espiritual de la América Latina. El sincretismo para Rodó es la fraternidad americana, con cuya fuerza se establece una patria común con caracterización de élite. Admirador de la cultura europea, Rodó es galicista, su obra exalta demasiado la cultura griega como alternativa a la civilización actual, más aún, critica que en América Latina falta el espíritu de creación. Sin embargo, ante la penetración de Estados Unidos, Rodó propone el arielismo contra el materialismo norteamericano. “La influencia de Rodó es decisiva en la etapa formativa del movimiento estudiantil latinoamericano contemporáneo, saturada de retórica arielista” (Varela Petito, 2001: 193).

El *Ariel* puede ser leído como obra literaria o filosófica; literaria por ser un ensayo donde cualquiera halla mina de galicismos y fuente de espíritu juvenil, y filosófica por ser una arena cívica, o más bien un simposio, de una conciencia que se constituye en una esperanza para una humanidad mejor. Así, no me sorprenden la popularidad del *Ariel* y la cantidad de estudiantil lecturas en torno a éste durante los cien años, aunque esta obra tiene aspectos negativos y positivos.

Bibliografía

Acosta, Yamandú (2001). *Ariel* de Rodó, un comienzo de la filosofía latinoamericana y la identidad democrática de un sujeto en construcción: un panfleto civil en la perspectiva de la función utópica del discurso. En: *Cuadernos Americanos*, N° 88, 199-221.



- Achugar, Hugo (2001). ¿Quién es Enjolrás? *Ariel* atrapado entre Victor Hugo y Star Trek. En: *Casa de las Américas*, N° 222, 75-83.
- Ainsa, Fernando (2001). El centenario de *Ariel*: una lectura para el 2000. En: *Cuadernos Americanos*, N° 85, 18-35.
- Andueza, María (2001). Los hijos de *Ariel*. En: *Cuadernos Americanos*, N° 85, 36-42.
- Carpentier, Alejo (1987). *Tientos, diferencias y otros ensayos*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Chao, Ramón (1998). *Conversaciones con Alejo Carpentier*. Madrid: Alianza.
- Franco, Jean (1971). *La cultura moderna en América Latina*. México: Joaquín Mortiz.
- Henríquez Ureña, Pedro (2000). Epílogo. En: *Ariel*, 103-113.
- Lévi-Strauss, Claude (1995). *Antropología estructural: mito, sociedad, humanidades*. México: Siglo XXI.
- Martí, José (1889). Congreso Internacional de Washington. En: *La Nación* (periódico de Buenos Aires).
- Melgar Bao, Ricardo (2001). Más allá de *Ariel*: Rodó y el moderno decorado urbano. En: *Cuadernos Americanos*, N° 85, 43-60.
- Melis, Antonio (2001). El vuelo atormentado de *Ariel*. En: *Casa de las Américas*, N° 222, 75-83.
- Rocca, Pablo (2001). La lección de Próspero. En: *Casa de las Américas*, N° 222, 84-96.
- Rodó, José Enrique (2000). *Ariel*. México: Factoría Ediciones.
- Varela Petito, Gonzalo (2001). Un balance de *Ariel* en su centenario. En: *Cuadernos Americanos*, N° 88, 174-198.
- Weinberg, Liliana Irene (2001). Una lectura del *Ariel*. En: *Cuadernos Americanos*, N° 85, 61-81.
- Zea, Leopoldo (2001). *Ariel*, un siglo después. En: *Cuadernos Americanos*, N° 85, 11-17.
- Zea, Leopoldo, *et al.* (2002). *Arielismo y Globalización*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia y FCE.